Foto de Daniel

CAMINO DE SANTIAGO

Sin sentir me ha venido este recuerdo al volver a ver esta postal en Burgos capital:

Me embarqué en el Camino de Santiago con el sólo fin de encontrar con quien follar en el camino y durante el camino. Yo iba

con todo mis artilugios sacrosantos: palo, calabaza y concha de Santiago; y con una polla preparada a cualquier copulación, sin condones, pero sí con aceite virgen de oliva para ayudar a la penetración, porque los coños en camino siempre están resecos, que una vez lo aprendí metiendo la mano en uno; y nunca se me olvida.

Yo iba con un tal Regidor y otro llamado Alcalde de Moscas, que me dijeron los dos que habían estudiado para cura o fraile; y eran maricones.

En el camino de ida y vuelta, andando, de Burgos a Santiago, en los cercanos valles o pueblos que cruzábamos solo escuché Rebuznar reciamente a los Burros montando sus Jumentas, o entre ellos mismos, como a mis dos camaradas de los que me reía y hacia burla de ellos por envidia, y porque yo no me comía una rosca, lo que me daba rabia.

Alcalde de Moscas me dijo un día:

-Tú Baldomero ¿No vienes a Santiago de Compostela?

-Sí, le respondí.

-Pues compóntelas como puedas, me contestó.

El varapalo que yo llevaba, bendecido y consagrado en el sitio donde yacen los restos del apóstol Santiago, me servía para darle golpes a mi polla cada vez que me excitaba y ella se elevaba hasta el cielo viendo a una peregrina de la tierra o forastera que estaba cañón, ¡vamos¡ como para joder, no sin antes untar y mojar pan en ella; a veces, hasta, en su erección, rompía la bragueta de mi pantalón, que era de botones de nácar.

El Santo, por mucho que le recé, no fue poderoso conmigo, en el camino. No hice otra cosa que hacerme pajas en las traseras de las iglesias románicas de los pueblos donde hacíamos un alto en el camino.

Más de una vez me llevé un varapalo de algún pueblerino que venía a mí al verme en esta guisa de la masturbación, a quien yo le decía gritando:

-¡Sí, venid buen señor, y dadle a mi polla¡

En alguno de los pueblos, por esto, no me dieron casa rural ni posada; teniendo que marcharme a los pinarejos de al lado a concluir lo que tenía entre manos. Que, también, por mala suerte, tuve que dejar escapando porque se acercaban a mí algún lobo o jabalí.

Al entrar a Burgos, por el Arco de San Juan, viniendo por la Calle las Calzadas, recordé lo que me dijo Regidor un día:

-Baldomero, de los santos poco puedes esperar, más bien nada. No te olvides de que “a santo que mea, no le creas”. Pero sigue con la ilusión de pensar que los reinos, las provincias, las naciones y países, todos se han ganado por cojones, ¡por la Polla¡

Al cruzar ya el Arco de San Juan, las campanas de la Catedral sonaron solas y su Papamoscas Rebuznó muy tonto y muy cuerdo como un Asno.

-Daniel de Culla

-